



La vida está en otra parte

Llegué a Santa Cecilia un viernes por la tarde, a la hora en que las televisiones, encendidas, acomodadas en las habitaciones frontales de las casas, resplandecían en el crepúsculo. Esa noche, de un teléfono público frente a un cafésucho donde sólo las moscas revoloteaban y que un jovencito visiblemente aburrido, desde una silla medio desvencijada, espantaba con repentinos azotes de un trapo blanco, llamé a mi padre para dejarle saber que estaba en el país. Pude haber pasado una noche en la ciudad antes de viajar a Santa Cecilia, llevarlo a cenar y luego tomar unos tragos, pero la idea de verlo después de todos estos años, en una ciudad a la que yo ya no sabía volver, bastó para revolverme el estómago. Además,

aunque el viejo no lo hubiera dicho con todas sus palabras, yo intuía -sabía- que estaba en desacuerdo con mi decisión -lo había estado desde aquella noche hace siete años en que se negó a acompañarme al aeropuerto para verme partir en un vuelo internacional con destino a Nueva York- y no quise demorar mi viaje para atestiguar silencios lapidarios o alardes falsos de orgullo.

–Hola, Jorge -llamarlo por su nombre de pila siempre lo ponía de buen humor, como si escuchar su nombre le restituyera una existencia que la palabra padre le negaba.

–Hola Jorge -contestó.

El nombre era de las pocas cosas que compartíamos. Noté en su voz una alegría forzada. Su tono se escuchaba apagado, sin la chispa que solía encender las pláticas sombrías entre él y mi madre durante la cena. Discutían -o mi madre discutía- sobre las largas temporadas que él debía pasar por fuera de la ciudad debido a su trabajo, un trabajo itinerante, mal remunerado y al que finalmente mi padre renunció provocado por el hostigamiento tenaz de mi madre para conformarse con un trabajo sedentario, en una oficina a unas cuantas cuerdas del departamento donde crecí.

–¿Nos vemos? -su voz se iluminó.

–Ya estoy en Santa Cecilia, Jorge.

–Ah -no disimuló su decepción.

–¿Por qué no vienes? -le dije, a sabiendas de que no vendría. Mi madre le había quitado cualquier gusto por los viajes. Luego vino uno de esos silencios incómodos que el cansancio no me permitió romper con algún comentario ingenioso.

–Es tarde, Jorge, estaba a punto de meterme a la cama -interrumpió mi padre.

–Te llamo en unos días -apenas alcancé a decir.

Mientras caminaba en dirección a mi nuevo domicilio, imaginé a mi padre disminuido, metiéndose en una cama que me figuré pequeña, como la de un niño, y me invadió una desazón exacerbada por la desolación del paisaje que me envolvía. Soñé la soledad, pero al verla materializada ésta cobró vida propia, una vida a la que, de pronto, dudé saberme adaptar.

La universidad en la que daría clases me encontraba un tanto retirada de Santa Cecilia, en un área más vieja y más desarrollada, pero al no haber tenido el tiempo para venir personalmente a buscar un lugar para vivir, me vi obligado a dejar el trámite en las manos del rector del Departamento de Literatura Extranjera en el que me habían contratado. “No se preocupe, Agustín”, me aseguró por teléfono, “le encontraremos

un buen lugar”. No volví a pensar en el asunto hasta hace un par de semanas. La transición de un trabajo a otro es un asunto complicado, y esto se lo había mencionado ya al rector, insinuando una petición de absoluta discreción. Pero esa mañana, al ir a recoger mi último cheque de la coordinación del Departamento de Español donde hasta hace menos de un año trabajé como profesor de lengua -llevándome bien con los colegas, compartiendo bromas en los ratos libres, de oficina en oficina, sin saber lo afortunado que era de tenerlos cerca, de tener ese trabajo- supe que mi petición había sido absolutamente ignorada.

Esa mañana, al subir las escaleras destaladas del edificio también destalado que albergaba el Departamento de Español, rodeado por los retratos chuecos, mal colgados y amarillos de tiempo, de las iluminarias hoy olvidadas que subieron estas mismas escaleras, perdiendo el aliento en el ascenso, como yo, me felicité por la decisión de renunciar. Imaginé la más moderna universidad a la que estaba por integrarme; pensé en sus domos de cristal, en su bien equipado gimnasio del que me había presumido el rector y que me alentaría, o eso creí entonces, a iniciarme en el culto al ejercicio al que hasta ahora me había mantenido ajeno, y una sonrisa me subió el rostro. La sonrisa boba me la borró la mirada dura de Graciela, la secretaria con la que me



había llevado siempre tan bien. En cuanto me vio aparecer en el quicio de la puerta se le contrajo la quijada, borrando su expresión habitual de amabilidad.

–Agustín -aunque no levantó la voz, su tono estaba cargado de sorpresa.

–¿Cómo le va, Graciela? ¿Se va a Venezuela a pasar el verano o este año se queda aquí?

Ni siquiera contestó mi pregunta, o tal vez no lo había escuchado, tan fuertes eran sus pensamientos. Se levantó de la silla y me llevó al apartado detrás de su escritorio, donde se apilaban, sobre una silla estilo medieval, bloques de papel y *folders* de Manila.

–Agustín -dijo por segunda vez, tomándose del brazo con un ligero apretón, un gesto completamente inédito.

Por primera vez mi cuerpo registró el perfume dulzón de Graciela.

–Te llamó un tal Lic. Magaña, algo al respecto de una casa en Santa Cecilia...

Por segunda vez en la mañana, Graciela no fue directa en su tono interrogatorio, pero era obvio que me estaba cuestionando. Sentí una bomba de calor detonarse en mi rostro. Tenía planeado esperar al comienzo del verano -julio, para ser exactos- para avisar que me sería imposible regresar a trabajar en el otoño,

pero ahora era demasiado tarde -siendo apenas mayo- y mi plan estaba echado a perder. Lamenté no haber sido más claro con el rector Magaña, pero ahora no me quedaba nada más que intentar resolver la situación como mejor se pudiera, a pesar de la tristeza que me daba quemar mis naves de esa manera tan precipitada, después de haber procurado una paciencia digna de un cazador esperando a que su presa se coloque en la posición más apta para el sacrificio. En un instante, vi mi paciencia de meses quedar destruida. Salvé la situación como mejor pude y esa misma noche telefoneé al rector Magaña.

Me contestó:
—Sí, Agustín, qué bueno que llama. Fíjese que nos fue imposible encontrarle casa aquí mismo. Ignorábamos que los bienes raíces se han vuelto competitivos. Qué pena, licenciado Malabia.

—Doctor, doctor Malabia.

—Sí, qué pena. Pero le hemos conseguido, mientras tanto, un lugar en Santa Cecilia. Va a gustarle, ya verá, un lugar bucólico. Y, por supuesto, en cuanto tengamos noticia de una residencia aquí mismo, el Departamento se hará cargo de la mudanza. De parte de todo el profesorado, le ofrecemos una disculpa, pero queremos reiterarle el gusto que nos da que se una usted a nuestras filas. Ahora, si me disculpa, debo volver a la mesa, mi señora me preparó un pollo a la naranja que dejé a medio comer y está para chuparse los dedos, ya lo comprobará usted cuando venga para acá. Buenas noches, licenciado Malabia.

—Doctor, doctor Malabia -dije, cuando el rector ya había colgado, sin darme tiempo a corregirlo ni tampoco a reclamarle su inoportuna llamada de esa mañana.

Después de telefonar a mi padre me dirigí a la dirección que el rector había anotado en la posdata de su correo electrónico. Santa Cecilia era un

agrupación dispersa de casas repartidas alrededor de las faldas de unos cuantos cerros. La iluminación era precaria, el agua escasa, los caminos terrosos y complicados en época de lluvia, como fui descubriendo poco a poco. Pasé la primera noche irritado por los ruidos cercanos del campo, acechando, entrometiéndose en mis sueños. Di varias vueltas en la cama antes de poder abandonarme al sueño. Desperté ojeroso y con dolor de espalda. Miré el reloj. La nueve de la mañana. Brinqué de la cama de inmediato para darme un regaderazo y dirigirme cuanto antes a la Universidad. Me esperaban a las nueve en punto para un desayuno de bienvenida seguido de una reunión en la que me presentarían con el resto de profesores. Después habría un almuerzo y un recorrido por el campus universitario.

En mi cansancio de la noche anterior no había notado el deterioro de la casa, que más que una casa parecía una cabaña rústica. La cortina del baño era de plástico y estaba mal colgada. En la coladera había algunos pétalos de buganvilla que recogí con una escoba vieja que encontré detrás del refrigerador. Tampoco había gas, como comprobé con la ducha de agua fría que tuve que darme. Me puse una camisa blanca, arrugada por el viaje, y un saco de pana negro.

Ninguno de los profesores pareció molesto por mi demora. Tampoco notaron mi mala

facha. Para llegar de Santa Cecilia a la universidad hay que tomar un camión que se para en una esquina sin banqueta y cada que un vehículo atravesaba la calle levantaba una nube de polvo. Las puntas negras de mis zapatos pronto quedaron impregnadas de una pátina color marrón. Pero los profesores, que el rector Magaña fue presentándome, me recibieron con gestos de amabilidad suficientes para devolverme la confianza. Mientras sorbía un café cargado, tal como me gusta, me convencí de que, de ahora en adelante, todo saldría bien. El rector Magaña era un hombre robusto, más bien gordo y con una cara rozagante, los cachetes tersos y rosados como los de un querubín. Después de las presentaciones, se daría inicio a la reunión académica, así que les pedí un minuto para pasar al baño. Con terror, descubrí mi rostro en el espejo. Lo tenía tiznado de polvo. No podía creer tampoco que nadie -el rector Magaña- me hubiera dicho nada. Rápidamente me lavé la cara y traté de arreglarme un poco el cabello que también estaba terroso. Me sequé con el papel para las manos y me salí. No vi a nadie en el pasillo, así que regresé al salón del desayuno. Tampoco ahí había nadie. Salí de nuevo y traté de callar mi respiración para distinguir algún sonido que me guiara, pero había un silencio sepulcral. Miré a ambos lados del pasillo y me eché a andar por el lado izquierdo. Cada tanto había una puerta y en cada una pegué la oreja,

pero las puertas parecían a prueba de sonido, así que me decidí a abrirlas, seguro que detrás de una encontraría la reunión.

El primer salón que abrí estaba vacío. En el segundo, estaba en progreso una clase que interrumpí con algunas incoherencias. El tercero no me atreví a abrirlo y, además, no parecía haber ninguna voz adentro que indicara la presencia de los profesores. Al final del pasillo renuncié y salí a fumarme un cigarro. No tuve tiempo de darle dos fumadas antes de que viniera un vigilante a informarme que estaba prohibido fumar en el radio del campus universitario. Tiré el cigarro y lo aplasté con la suela del zapato. El mal humor que venía tratando de contener regresó con furia. Volví a entrar al edificio. De reojo pude ver al vigilante sacudir la cabeza y recoger el tabaco casi entero que tiré en el suelo. En cuanto abrí la puerta puede distinguir, al otro lado del pasillo, al grupo de profesores charlando. La reunión había terminado.

—Ah, Agustín. ¿Está bien si lo llamo Agustín, verdad? -me dijo el rector al verme, tomándome del brazo-. Nos preguntábamos dónde estaba. No se preocupe, ya lo pondré al tanto de lo que se habló, nada de mucha importancia, ¿eh? Esta noche lo invito a cenar a la casa. Le he dicho a mi mujer que prepare ese pollo a la naranja del que le hablé y de postre va a hacer un flan. Pero le ruego que

actué sorprendido, porque le prometí que no le diría sobre el postre, para que fuera una sorpresa. Yo tengo que ponerme a trabajar, pero a la una la profesora Elizabeth le dará el *tour* por el campus. Mientras tanto relájese, visite la biblioteca.

Después de explicarme cómo llegar, subí unas escaleras, dejándome de nuevo solo en el pasillo. Ni me había dado cuenta a qué hora se había ido el resto de los profesores.

La niña entró a mi oficina.
—Y, ¿lo que me dice es verdad?
Me incomodó hablarle de usted a una niña, pero era una más de esas costumbres nuevas a las que me obligaba desde mi reciente llegada a Santa Cecilia. Con un gesto en el que juzgué un poco de ternura, la alumna respondió:

—Sí.

Fue un sí resuelto, en el que no cabían ni el dolor ni la vergüenza. Luego extendió un brazo, luengo y flaco, para su apreciación. A unos centímetros de la muñeca huesuda detecté unas manchitas, diminutas pelotas grisáceas, una constelación informe que contaminaba la blancura de su piel. Se trataba, según mi inexperta opinión, de un apretón de desesperación moderada. Nada, tal vez, preocupante. Por supuesto, cabía la posibili-

dad, amplia, amplísima, de que me equivocara. Mi trato con los estudiantes era bastante limitado, pues tan pronto terminé de dictar la primera clase, me di cuenta del tamaño, inmenso, de mi error. Pude haber claudicado, presentado mi renuncia de inmediato, remendar mi desatino tomando el autobús de medianoche a la ciudad, luego un taxi al aeropuerto y volver, arrepentido de mi ingenuidad y con bríos renovados, para aceptar la oferta como profesor de español en una universidad pública a las afueras de Nueva York, listo para iniciar la larga e incierta carrera de académico para la que me había preparado durante siete largos -porque hay unos más largos que otros- años. Me detuvieron la desgana, el otoño en las montañas que encierran a Santa Cecilia en un estupor único e irrepetible, el claro de la luna en mi ventana: un cuadrado perfecto sin cristal que lo separase del exterior. Renté una casa modesta; cuatro muros de concreto hecho de cascajo en las esquinas, en las que dormitaban insectos y arañas, y un techo de paja por el que se cuelan los ruidos del campo -para mi insólitos- nublado por el vocero público, quien, desde las horas grises de la madrugada hasta el fin, también gris, de la jornada, carga el aire templado de Santa Cecilia con anuncios religiosos, ofertas mercantiles, un cumpleaños seguido por el sonsonete burdo de “Las mañanitas”.



Día con día
me iba DESHACIENDO

de aquel Estudiante que
fui en el Extranjero.

Dentro de la casa encontré una cama individual y un comedor de madera roída que trasladé de la cocina a la habitación para utilizarlo como escritorio. Aquí, en Santa Cecilia, en las libretas amarillas que había comprado expresamente para ese propósito, escribiría aquella novela que me desconcentraba de la vida. Acomodé mis plumas en la mesa y en una orilla los tres libros que habían hecho el viaje conmigo. No pasó mucho tiempo antes de que el escritorio, las libretas y las plumas se recubrieran con una pátina de polvo y tierra. La mayor parte de mi tiempo en casa la pasaba recostado en la cama, meditando en posibles comienzos, probables desenlaces que no terminaban jamás de convencerme o, al convencerme, mostraban su palidez y su pobreza una vez trasladados a la página.

Enseñaba una clase de español a alumnos de cuarto grado. Muy pronto hice enemistad con el resto del profesorado: parecía que pensaban en mí, a pesar de que hablábamos en la misma lengua, como un extranjero. No lograban entender la dirección, en su visión, contraria, de mi trayectoria profesional (y acaso personal) y hacía nacer un resentimiento irresuelto, diluido en la envidia y el deseo. Pero más allá del resentimiento, mi presencia en la escuela levantaba sospechas. Era como si Lázaro, resucitado, después de deambular por segunda vez en el mundo, hubiera preferido

la penumbra de la tumba a la gama de colores del mundo de los vivos.

La alumna se inclinó hacia un recipiente hondo en cuyo fondo descansaban tres, cuatro dulces de colores con una fruta diminuta en el centro. La niña tomó uno, tal vez con el propósito de distraerme de mis cavilaciones matutinas, exacerbadas, es probable, por las escasas horas dedicadas al sueño la noche anterior. Con minucia desenvolvió la tableta de dulce para luego retirar el plástico arrugado con su mano.

—Y dice usted que lo ha hecho ella.

Lo pregunté para cerciorarme, aunque era obvio que dudaba. La muestra en el brazo de la alumna me trajo a cuento el rudo desvelo de la noche anterior. EL vaivén de vasos sonoros, las voces simultaneas de cada noche. Añoré, como hago cada vez que me presento a trabajar con resaca, la frescura de mi cama. La imaginé, allá, lejos en la distancia, vacía y solitaria, extrañándome, junto a la ventana; la brisa, aún húmeda, con un ligero tufo a basura mojada, subiendo del riachuelo entre los arbustos que circundan el perímetro de la casa, luego circulando en la habitación, agitada por las aspas del ventilador. Fumaría, si pudiera, recostado boca arriba, mirando al techo; de pronto, sin planearlo, alcanzaría un libro, el que fuera, y, al azar también, lo abriría para entretenerme en unos párrafos antes de

abandonarme por completo a la ensoñación. Vine a Santa Cecilia buscando la industria y encontré el placer de la pereza.

Escarbé entre los papeles desparramados sobre el escritorio la cajetilla de Marlboro. La llama blanquiazul del encendedor brilló brevemente en la oficina ensombrecida por la luz pálida de la mañana, asomándose apenas por la parte trasera del edificio al otro lado del patio. Un halo de luz tibia, filtrándose por la ventana a mis espaldas, recorría mi cuerpo y eclipsaba mi rostro cansado y que la alumna seguramente con trabajos podría distinguir, sentada al otro lado con los brazos ahora plegados sobre el regazo cubierto con la tela verde del uniforme escolar. Fumé despreocupado, sin interés. ¿Y qué si esto es Agustín Malabia?. El holgazán que advirtió mi padre desde la infancia. Un don de pacotilla. ¿Quién se opondrá? ¿Quién va a venir a reclamármelo?, pensé mientras le robaba dos fumadas largas al cigarro antes de aplastarlo en el cenicero de cristal, manchándome los dedos con el polvo gris que lo inundaba. Entrelacé las manos sobre el vientre. Había engordado y una incipiente barriga empezaba a hacerse evidente. Día con día me iba deshaciendo de aquel estudiante que fui en el extranjero. El muchacho delgado poco

a poco devorado por el tejido adiposo acumulado en apenas unos meses. Decididamente, aunque sin previa voluntad o deseo premeditado, adoptaba nuevas formas que venían a sustituir la vieja (que algún día no hace mucho, por supuesto, me parecieron nuevas). Y ahora estaba aquí, frente a esta niña del morete en el brazo izquierdo, quejándose de la madre que la maltrataba. “¿Y quién está libre de maltrato? No te quejes niña. Acostúmbrate. Terminarás como ella. Como todas. Eso es todo.”

—¿Es la primera vez?

Con vigor renovado, la alumna niña negó con la cabeza, revolviéndose el cabello castaño, descolorido, sucio y enredado. “Seguramente ellos, allá, los que no hace mucho fueron mis compañeros de estudio, tendrán trabajos buenos. Ganarán buen dinero -lo mismo que gana un policía, pero con pedigrí. Estarán repartidos por los campus universitarios de las pequeñas y grandes ciudades gringas, dictando desde sus salones amplios, con aire acondicionado en verano y calefacción en invierno, en el fin del mundo con el fervor de quien se sabe o se siente culpable. No quise que me endilgaran fracasos ajenos. Los pocos que me recuerden se reirán de mi gusto por la imbecilidad, la renuncia gratuita, los bolsillos vacíos. Ella se burlará más que los demás juntos. Una burla genuina. Sin rastro de remordimiento o decepción. Lo más probable es que me olviden por completo.

Los escuché chillar; su chillido invadió mi cabeza adolorida, desde el interior de sus picos amarillentos y abiertos, cruzando un cielo raso.

Seré yo el que los recuerde.” El vocero público terminó los anuncios de la primera mañana e hizo sonar una música cumbianchera que flotaba por encima de los techos de las casa, las envolvía, encapsulaba a Santa Cecilia en un incongruente ambiente de carnaval.

Me acerqué al calor tibio de la luz en la ventana. Santa Cecilia es esa iglesia, estos cuatro edificios grises que conforman la “escuela”, esas casas que salpican la abundancia de los cerros con una dosis de miseria humana. Noté, en las solapas de mi saco de pana negra, escarchas de ceniza y las sacudí con un gesto débil. Luego, volví a asomarme hacia el patio de asfalto vacío, recubierto por las sombras de los edificios a los cuatro costados; el sol apenas se asomaba por encima del edificio al otro lado de mi oficina. Dentro de las aulas podía adivinar a los niños; recitaban cifras, frases, aprendían lo que luego la vida, a cuenta gotas, les iría refutando. Los alumnos fingían aprender con el entusiasmo o la aburrición con que los profesores -yo mismo, o sólo yo- fingían con éxito, con convicción,

enseñar; cada uno de ellos -Miriam, Óscar, Raquel- entretenido con la idea fija de que su paso por estas aulas, este patio, esta escuela, se trataba de eso: un paso, una etapa, un periodo del que saldrían, como se sale de un bache o de la regadera, para llegar después, no mucho después, más bien pronto, con un pasito, al punto definitivo que serían sus vidas: al momento precioso en el que se acaban las etapas, aunque en el fondo supieran o intuyeran que eso no terminaría de pasar nunca. A la vida sólo se le persigue.

—¿Ya me puedo ir?

Me había vuelto a olvidar de la niña. Volteé el rostro hacia su voz delgada.

—¿Ir? ¿Adónde?

—A mi casa.

—¿Eso quieres?

Viéndola con atención, su rostro tenía algo de demacrado, una expresión marcada por el temor o la travesura, aunque bien podía tratarse de su fisionomía, nada más: era una niña delgadísima, de pómulos alzados, piel fina y pecas salpicadas alrededor de una nariz redonda y pequeña que le otorgaban cierta similitud a un espantapájaros. La planté en un imaginario campo de trigo asustando cuervos imaginarios -aunque no por ello ruidosos. Los escuché chillar; su chillido invadió mi cabeza adolorida, desde el interior de sus picos amarillentos y abiertos, cruzando un cielo raso. Me llevé la

mano a la sien y me restregué la frente con los dedos para distraer la acidez que me subía por el estómago vacío. Cómo me hacía falta una cerveza helada. Podía verlos -a Mario, Charlie, Juan, mis compañeros nocturnos- bebiendo al aire libre, protegidos del sol incipiente bajo la sombra verde del toldo amarrado a las cuatro esquinas del patio, en la parte trasera de la tienda, de vez en cuando inflado por la pasajera furia de una ráfaga de viento. “Podría salir ahora, faltar a mi clase, curarme el exceso de anoche con uno nuevo, aún más desmedido (aún en el exceso hay grados), pasar el día bebiendo y fumando; volver mañana, o no volver.” La decisión, resolví, pende de esta niña cruzada de brazos, el morete ahora escondido. No me explicaba por qué había acudido a mí, exactamente a mí. Ni siquiera estaba seguro de que se tratara de una de las alumnas de mi grupo. Como fuera, ahí la tenía, con ese aire tímido e invitador con el que se cargan las mujeres desde que son niñas y que en el transcurso del tiempo algunas desarrollan hasta esculpir, de esas dos contradicciones, un gesto unificado y permanente, un gesto único, mientras que otras intentan, y fracasan, maquillarlo, subiéndolo o bajando de tono u otro rasgo.

—¿Señor profesor...? ¿Profesor?

“¿En qué se convertiría esta niña? ¿Quién será al cabo de los años? ¿Cuántas vidas puede tener ella, o yo? ¿Se imaginaría Cervantes que

se convertiría en el Cervantes mientras la hacía de esclavo del arráez Dali Mamí? ¿Cuántas vidas tuvo Lázaro tras su resucitación? Acaso yo, Agustín Malabía, buscaba otra cosa, o creía, como creyó Colón, que había llegado al lugar exacto, aunque todo el mundo físico se encargara de reclamarle lo contrario, negar hasta la muerte, el descubrimiento, sustituirlo. Tal vez Santa Cecilia era mi América, mi Lepanto y mi Argel. Mi esclavitud y mi libertad, revueltas, como en una ola el agua, la sal, la arena.”

—¿Señor profesor...? ¿Profesor...?

“Aquí perderé yo también la mano y la dignidad. Esclavo de la nada, renunciaría a todo sin ningún fin. O con el solo fin de la renuncia. El sacrificio sin la ganancia. Tal vez el crucificado en aquel campo de trigo no era la niña de pecas, sino yo, ambos, todos.”

Recogí la cajetilla de Marlboro del escritorio y la introduje en el bolsillo derecho de mi saco; sin pronunciar palabra, en medio de un silencio que, en retrospectiva, juzgo solemne y ridículo, aunque propio de la ocasión, crucé la oficina oscura, dejando a solas a esa niña con su supuesto maltrato. Probablemente, pensé mientras cruzaba el patio ensombrecido, las peroratas monótonas de los niños aún saliendo por las ventanas, se trataran de una broma, una extorsión sentimental para sacarme un pase de salida que mostrar al miserable portero de la caseta. Con un chirrido, abrí de un empujón

leve la reja roja que separa la escuela de la calle y me eché a andar por Santa Cecilia vacía. Me encaminé hacia la tienda del toldo verde en el patio, acompañado por la voz de Celia Cruz en el aire y la imagen de una cerveza helada, como pájaro bendito, en mi mano. Mientras caminaba me deshice del saco negro que fue a parar a la orilla de una cuneta rellena de aguas sucias, y, a pesar de la tibieza más bien fría del día, desabroché los dos primeros botones de mi camisa. Mi sombra se perdía entre las sombras de las casas. Faltaba mucho, demasiado, para la plenitud del mediodía y, sin embargo, empecé a sentir cómo se esfumaba mi cansancio y en su lugar un cierto aliento de júbilo despertó en mi estómago vacío, ascendió.

